

## ¿Qué es, hoy, una economía monetaria?

# Dinero y macroeconomía en desequilibrio

**JUAN MANUEL GIMENO REVERTER**

Doctor en Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales por la Universidad Complutense de Madrid.

Profesor de Hacienda Pública de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Valencia.

Mi trabajo sobre el papel del dinero dentro de la teoría macroeconómica, poniendo en relación un revisionismo e imaginativo Walras con un Keynes extendido, sobre la base de los trabajos últimos recientemente publicados, invita, a mi juicio, y ésa fue mi intención, a reflexionar sobre la naturaleza de nuestra economía monetaria actual y nuestras perspectivas (1).

La influencia del dinero sobre la economía no se localiza en un punto concreto y privilegiado de inversión. Es también ilusorio querer constreñirnos a una relación entre dinero e interés como lo hacen estos autores que podemos llamar ultrakeynesianos, limitándose a una relación entre dinero y nivel general de precios, al modo de las escuelas cuantitativas. No hay una teoría del dinero como un departamento particular del análisis económico; queda por hacer una teoría de la economía monetaria, esto es, una economía donde todo se exprese en dinero (2). Es en este sentido en que, sin duda, conviene interpretar el término teoría general que Keynes empleó: no porque incluya también el dinero, sino en cuanto teoría de universal traducción en dinero de fenómenos de producción, cambio, distribución y gasto.

Las dos obras maestras de Keynes han conocido destinos contrarios. El *Tratado de la Moneda*, obra de intuición más profunda y de más grande originalidad que la teoría general, ha sido relegada por la notoriedad adquirida por la T. G. desde su aparición. Esta segunda ha padecido,

---

(1) *La revisión actual de Walras frente a Patinkin y con Keynes. Reflexiones en torno a las perspectivas actuales de la controversia neo-keynesiano neo-cuantitativismo: "la búsqueda normativa de un nuevo mundo monetario"*, del propio autor. Editado en apuntes por la Facultad de Económicas de Valencia, 1976.

(2) En este sentido, la cita de la pág. 94 de *El dinero*. Profesor J. PRADOS ARRARTE. Guadiana Ed.

a la inversa, de un exceso de notoriedad. Bajo el peso de sus constantes citas y comentarios, lo esencial de su mensaje —su originalidad misma— ha sido olvidado; la agresividad polémica de discípulos demasiado celosos, por un lado; una voluntad de conciliación muy interesada, por el otro, donde se esforzaban en demostrar que el caso de Keynes no era más que un caso particular del modelo neoclásico.

Tras los pasos de Clower y Leijonhufvud, continuando los puntos de creatividad abiertos por Patinkin (que a mí no me convence), pero en un espíritu más auténticamente —a mi juicio— keynesiano, la escuela francesa reencuentra el mensaje después de una lectura atenta y crítica de Keynes, del Keynes del tratado de la moneda, tan mal conocido en el continente, falta de traducciones todavía a lenguas continentales, tanto que del Keynes de la teoría general, en donde llega a construir su aportación demasiado bella para sus adversarios en su deseo de convencer. ¿Podríamos reprochar que la escuela francesa es más keynesiana que Keynes? Esto para mí no sería un reproche. Keynes, espíritu impaciente y versátil, no tuvo tiempo de ser keynesiano. Su obra es a menudo sólo abusiva. Su obra tiene mensaje, pero deja a los demás la tarea de completar y extender. Y yo creo que la escuela francesa se está empleando intrépidamente.

¿Qué es, pues, una economía monetaria hoy? De las tres funciones tradicionalmente reconocidas en el dinero —numerario, instrumento de transacciones, acumulador de valor—, la primera no será ya tan esencial (3).

Al elegir un bien o mercancía para utilizarlo como numerario, transformaremos un sistema de trueque libre en un sistema de trueque escalonado; no se accederá, por tanto, a un sistema de economía de mercado como el que conocemos. En efecto, el dinero es una forma de contar, y hay las pertinentes páginas de Marx al tema del papel de cuentas en la sociedad capitalista; pero el dinero, en tanto que numerario, no es un bien como lo concibieron los autores para los cuales la función de numerario es el papel central que jugará el dinero en el equilibrio general. Hay que cambiar totalmente la perspectiva. La unidad de cuenta en nuestras sociedades no es una mercancía, es la unidad de salario en sentido de Keynes, es decir, la transcripción monetaria de la hora de trabajo, su contraportada nominal: nominal en el sentido de hablar de una tasa de salario nominal por oposición a una tasa de salario real, esto es, nominal también en el

---

(3) Ver el número monográfico a este tema de la revista "Economie Appliquée", Geneve, núm. 4, 1977, con aportaciones de P. DAVIDSON, J. DENIZET, E. ROY, WEINT AUB, TAKASHI NEGISHI, ROBERT E. KUENNE, JEROME STEIN, entre otros.

sentido de una teoría nominal del dinero, en oposición a una teoría del dinero-mercancía (4).

De las otras funciones, la de reserva de valor es a menudo utilizada como fundamento del análisis monetario. Una lectura superficial de las páginas de Keynes consagradas a la demanda de dinero tanto como que la utilización de esta noción (concepto) en los autores neo-cuantitativos tenderá a acreditar esta elección (5). Sin embargo, para otros autores, en tanto que numerario, el dinero es en esta segunda perspectiva un bien que se opone al contrario por sus características particulares a las otras formas de acumulación de la riqueza, tener activos o créditos: el dinero en esta excepción es detentado contra los bienes (como alternativa), entendido en lugar y ocupación de las otras formas de tener riqueza.

Neoclásicos y keynesianos, es cierto, no concibieron de la misma forma el papel central que jugaría la demanda de dinero. Para los primeros, el equilibrio entre oferta y demanda de dinero, concebido como un *stock*, es determinante del nivel general de precios. En los autores que yo calificaré de ultrakeynesianos, que no han retenido del análisis monetario de Keynes más que la función de preferencia por la liquidez, el mismo equilibrio engarza a determinar la tasa de intereses.

El pensamiento de la escuela francesa que seguimos reposa en una y otra interpretación. No es su menor mérito el demostrar que el valor del dinero es independiente de la demanda de dinero a los efectos de la acumulación, una demostración que la ausencia niega en la misma coherencia de la T. G.

En efecto, para Keynes el valor untario de la moneda está determinado como inversa de la tasa de salario monetario (y la escuela francesa, que no es de estos autores que no conocen a Keynes nada más que a través de su T. G., toma, además, el cuidado de significarnos que ésta es una proposición anunciada por Keynes en su *Treatise on Money*). Pero en otros pasajes de la T. G., Keynes deja entender que la teoría cuantitativa del dinero reemprende sus derechos más allá del *umbral* del pleno empleo. El pensamiento francés actual keynesiano, como él, no duda romper el cordón umbilical que le retiene todavía al valor del dinero en su *detención*. Aquí creo que reside una gran contribución que nos hace reflexionar profundamente como indicativo de un nuevo camino. Esto es, a mi juicio,

(4) *Monnaie et Macroeconomie, Théorie de la Monnaie en Déséquilibre*. ALAIN PARGUEZ, Maître-Assistant à l'Université de Paris. Primera edición económica. París, 1978.

(5) T. G. KEYNES, capítulos 20 y 21.

perder toda oportunidad de comprender lo que es una economía monetaria como de fundamentar el poder de compra en el no ejercicio de ese poder de compra.

Si la relación cuantitvista moneda-precio es también rechazada, el papel de reserva de valor que jugaría la moneda, ¿no se relacionaría sobre la relación dinero-tasa de intereses? En consecuencia, el papel que jugaría la preferencia por la liquidez en la clasificación de los desequilibrios de subempleo, esta función, ¿no estaría en el centro de la construcción keynesiana?

El pensamiento francés no piensa que el argumento de la "trampa de la moneda" sea esencial también en Keynes como lo es en sus seguidores-comentadores (6). El dinero puede bloquear una economía e impedirle el pleno empleo de sus recursos para, por razones mucho más generales y finalmente más graves que el exceso de preferencia por la liquidez, la rigidez de la tasa de intereses, las anticipaciones inelásticas, la *bearishness* de los especuladores, por no citar más que algunas de las palabras claves que encumbran la exposición del sistema keynesiano en los manuales.

La función esencial de la moneda es su función de intermediario de transacciones (7). Otros comentadores de Keynes, tales como Clower y Leijonhufvud, han insistido y en un espíritu diferente está insistiendo la escuela francesa actual.

Una economía monetaria es una economía donde las transacciones tienen lugar en moneda. Es una economía donde, para tomar el aforismo de Clower (8), se puede cambiar la moneda contra los bienes o los bienes contra la moneda, pero jamás los bienes contra los bienes. Es una economía donde las rentas son adquiridas en moneda, donde costes y precios son los elementos de un cálculo en moneda. Un siglo después de los escritos de Walras tomamos conciencia de que el equilibrio general que él descubriera, como se ha dicho, es aquel de una economía de trueque. En una

(6) Controverses sur le système Keynesien. BARRERE, *op. cit.*

(7) *T. General*. KEYNES, cap. 13, 15. KEYNES dijo: "... el líquido puede verse varias veces entre la copa y los labios". Pero esta variación de la oferta monetaria no actúa —según Keynes (21)— de manera directa sobre la demanda de bienes. La mayor oferta de dinero determina, con la demanda del mismo, el tipo de interés; interés que, a su vez, influenciará la inversión, que compone, con el consumo, la demanda efectiva total de la sociedad que condiciona el volumen de producción y ocupación. Por tanto, un aumento de la oferta de dinero no elevará siempre la demanda efectiva. Ello dependerá de cuál sea la demanda de dinero (preferencia por la liquidez) y de cuál sea, en segundo término, la reacción de los inversores ante las caídas en el tipo de interés.

(8) *La contrarrevolución keynesiana*. Ed. Saltes, *op. cit.*

perspectiva de refinamientos de análisis de un Clower o de un Leijonhufvud, la vieja y simple noción de demanda solvente reaparece bajo la forma de función de demanda obligada (9).

Desde que los bienes no se cambian contra los bienes como en el trueque, la demanda de un bien no es la expresión de la oferta de otro bien, sino que expresa un poder de compra. La cantidad demandada por una categoría de agentes en una relación de cambio depende del valor monetario de la cantidad vendida por los mismos agentes en otra relación de cambio. En una economía perfectamente monetaria el bien que los individuos ceden con objeto de obtener el poder de compra necesario, para procurarse los bienes de consumo que le permitirán maximizar su función de utilidad, no es un bien cualquiera: es su fuerza de trabajo.

Contrariamente a lo que implica la proposición de J. B. Say, los productos de trabajo no se cambian contra el dinero en un mercado y el dinero contra productos en otro mercado. (Volveremos sobre esto.)

Una economía monetaria es también una economía donde ahorrar e invertir son operaciones que responden a una lógica distinta una y otra. No solamente no son precisamente los mismos agentes los que ahorran o invierten —como sabemos desde Wicksell—, sino que, siguiendo los mismos términos que utilizó, la distinción entre uno y otro no es puramente estructural, sino de contenido analítico, y aquí es donde residen las dificultades.

En esta perspectiva la inversión neta se define como la adquisición de activos físicos productores de flujos permanentes de renta monetaria con objeto de optimizar el montante de la riqueza detentada de modo productivo y asegurar a sus propietarios una renta monetaria durable (o aproximadamente permanente) (Keynes no consideraba nada más que los activos físicos suficientemente duraderos).

Mientras que los consumidores, cuando deciden sus gastos de consumo, o los productores, cuando fijan su producción de bienes de inversión o de bienes de consumo, sufren una coacción de flujo —coacción de renta o de ingresos—, los empresarios toman sus decisiones de adquirir activos físicos durables bajo una coacción o condición que en el CEREF se denomina, se califica como condición de evolución: ellos invirtieron en tanto que el valor del *stock* acumulado de activos durables no habrá alcanzado el montante que desean obtener. El flujo de ahorro neto no puede constituir

---

(9) Capítulo "Más allá de la Economía de Keynes", en revalorización de la economía keynesiana. Siglo XXI, pág. 78, en 1974.

una condición del mismo género que las condiciones de ingreso o de renta: el ahorro no preexiste a la inversión (10).

Por tanto, a menos que el sistema bancario no aplique ningún racionamiento monetario a los inversores, su acción escapa a toda condición de financiación. En cuanto a la determinación del montante de inversión neta, todo depende del *stock* de capital físico acumulado y del juicio que tengan los inversores sobre las aptitudes de los elementos de capital adquiridos o en vías de adquisición para elaborar un flujo de renta unitario hasta un horizonte temporal conocido. Todo dependerá, pues, de la rentabilidad esperada del *stock* de capital sobre este horizonte de tiempo, rentabilidad esperada que se reflejará en los precios unitarios de adquisición de los nuevos activos físicos.

Este precio unitario es la inversa del tipo de interés monetario, si este último se ha concedido como tipo de capitalización del flujo unitario perpetuo de renta, y ello es bien evidente que más fiable será el tipo de interés en que se capitaliza un flujo perpetuo de renta esperada, tanto más alto será la cotización unitaria de los títulos que procuran esta renta. No se encuentra, por tanto, la interpretación ultrakeynesiana de la preferencia por la liquidez: esto es porque los precios de los activos físicos duraderos son elevados porque la demanda de dinero para fines de acumulación es asimismo elevada y no inversa. La escuela francesa actual de Pantheon Sorbone no reconoce el principio según el cual a una tasa de interés bajo se asocia una preferencia por la liquidez alta, sino que la explicación se refiere a la relación entre la preferencia por la liquidez y el nivel de precios de capital en forma física, cuyo precio mismo es evaluado en dinero (11). Antes que decir que la preferencia por la liquidez es una función decreciente de la tasa de interés, la escuela que comentamos nos convence de que vale más enunciar que es una función creciente del precio de los activos físicos.

De este modo la tasa de interés es la expresión de un precio en relación a la evolución de un *stock* de activos físicos. Citemos a A. Parguez: "A más elevado precio de capital, más alto es el valor monetario del *stock* de activos físicos a largo plazo y más elevado el *stock* de dinero que debe ser acumulado para minimizar el riesgo de pérdida." Bien entendido, el

(10) A. PARGUEZ, *op. cit.*

(11) Contrariamente, SAMUELSON, A.: *Curso de economía moderna*, pág. 369: Alza de  $M \rightarrow$  baja de  $i \rightarrow$  alza de  $I \rightarrow$  alza de P. N. B. "Si el Central desea que la comunidad retenga mayor cantidad de  $M$ , habrá de hacer descender los tipos de interés lo suficiente para que la gente no se ande con miramientos por el dinero que mantiene líquido."

exceso de preferencia por la liquidez no tenderá a reducirse si la acumulación de dinero es una función creciente del flujo de inversión, visto desde el montante físico de riqueza acumulada y no de su evaluación en dinero.

Hemos insistido en estos puntos, a riesgo de alargar una exposición ya de sí compleja, porque esta lectura actual de Keynes nos parece no solamente la más inteligente, sino aquella que respeta mejor el pensamiento puro de Keynes mismo.

En cuanto a la aportación de esta interpretación de la escuela francesa, yo veo una cuestión: no es difícil encontrar casos donde éstos son las variaciones de la tasa de intereses por razones monetarias que expliquen las variaciones de los desplazamientos y quizá, finalmente, de las inversiones, y NO a la inversa.

A título de ejemplo ilustrativo, tenemos cómo en plena depresión de la actividad económica y de la inversión fresca, después de 1973, hemos asistido a recuperaciones de las cotizaciones de bolsa en Nueva York, Londres y París, y además se pueden explicar estas alzas paradójicas no de otra forma que por la baja de esta tasa de interés eminentemente monetaria que es la tasa del mercado monetario.

En este caso es la tasa de intereses que, parece, hace de causa y los precios de las acciones hacen de efectos.

Esta duda que estoy aquí introduciendo la podemos ver cuestionada, en auténtico keynesismo, sobre el carácter *convencional* (la palabra es de Keynes mismo) antes que sobre el carácter monetario de la tasa de intereses. Aún hace falta dar cuenta de la determinación de un juicio así calificado de convencional: invocar los comportamientos especulativos y una inestabilidad de anticipación que no jugarán sino por debajo de una plataforma-umbral de tipo de interés no es nada convincente: el argumento chocará siempre con la *boutade* de Robertson sobre aquella tasa de intereses "que es aquella que está en la medida en que se espera en que sea diferente de la que está presente".

Tanto como Clower, Leijonhufvud, Llines, en sus reinterpretaciones de la teoría keynesiana, la escuela francesa postula que el precio del capital, como los otros precios-claves, precios de bienes de consumo producidos y tipos de salarios, son predeterminados: no rígidos, sino fijados antes de toda transacción. No voy a profundizar aquí en la demostración de Clower y su escuela sobre la necesidad de una flexibilidad de las cantidades —flujos o *stocks*— mayor que la de los precios; por lo tanto, que la condición —quedando contradictoria— de información perfecta postulado por el proceso de tanteo de Walras es abandonado.

A. Pargues no se contenta de reemprender este análisis (12). Para él, va más lejos que Clower, para explicar que para Keynes lo que es anticipado no es el precio futuro de los activos físicos (como sería el caso de Debreu-Malinvaud de equilibrio general, donde se distinguirá entre un mercado para un bien presente y el mercado para el mismo bien librado a plazo), sino la opinión del mercado. Como Keynes subraya, no hay ningún interés en tener razón contra el mercado. El precio del capital así determinado no es en nada un precio de equilibrio, puesto que preexiste a las transacciones del mismo período. De la teoría tradicional del precio subsiste sólo un elemento: la regla de la unidad de precio al cual se cierran las diferentes transacciones para un mismo activo en un mismo período de tiempo. A. Parguez lanza una teoría del precio normal: el precio al cual todas las transacciones se efectuarán es el precio que refleja la opinión de la mayoría de los agentes operadores.

Hay que distinguir de la demanda normal del dinero una demanda especulativa positiva (o negativa), que aparece cada vez que se forma un bache entre el precio propuesto y el precio normal; esta demanda tiene por resultado suprimir ese bache o diferencia. Contrariamente al argumento de la trampa del dinero, este ajuste sería instantáneo y esta demanda deja de ser definida cuando el precio efectivo alcanza el precio normal cuando los desplazamientos tienen lugar efectivamente.

El precio normal preexiste así a la inversión, como asimismo preexiste el ahorro. La secuencia de los encadenamientos lógicos es diferente de lo que se supone en sistema de equilibrio general con hipótesis de información perfecta. En este caso, por intermedio del establecimiento de una tasa de interés de equilibrio, los inversores son perfectamente informados del nivel de ahorro disponible que se formará concurriendo a sus operaciones de desplazamiento.

En el sistema keynesiano, al contrario, nadie garantiza que el montante de inversión determinada al precio normal coincidirá con el ahorro originado por el efecto creador de renta de inversión. El ahorro aparece siempre en tal construcción como una financiación *a posteriori*, un relevo y una consolidación de la financiación bancaria del sistema. Toda una concepción del dinero, y de un dinero endógeno, se libera, al encuentro de la noción de oferta de dinero exógeno de los vulgarizadores de la teoría general.

El bloqueo de los mecanismos de una economía de mercado no son

---

(12) *Op. cit.*, capítulo 11, sec. 1.ª, la determinación del precio del capital, páginas 130 y sigs.

fruto en su naturaleza de un exceso de preferencia por la liquidez o de un exceso de una demanda de dinero por el dinero mismo, cara a una oferta de dinero exógeno. Las razones residen en los mismos mecanismos de las transacciones en una economía monetaria. En efecto, esta economía tiene sus procesos propios de ajuste. Los flujos transmiten una información *a posteriori*, bajo la forma de ganancia no intencionadas o de pérdidas: menos flexibles que las cantidades, los precios, y en consecuencia el precio normal del capital acaban por ajustarse.

Además, las variaciones del precio normal, o si se prefiere las variaciones inversas de la tasa de interés, son el origen de un efecto de riqueza que —paripassu— modifica la propensión a consumir en un sentido favorable al reequilibrio. Quedando entonces que son los precios los que se ajustan a la demanda efectiva y no a la inversa.

Una economía guiada por los flujos monetarios efectuados no puede pretender la flexibilidad de funcionamiento de una economía guiada por los precios de equilibrio como en la construcción Walrasiana. En una teoría de los comportamientos de libre maximalización a partir de los precios de equilibrio como parámetros de elección individual, tiene lugar una teoría de los comportamientos condicionados. Falta información perfecta sobre las condiciones de un equilibrio de pleno empleo de los recursos en ahorros o en trabajo, los agentes no pueden determinarse nada más que siguiendo las condiciones, bien sean de evaluación, bien sean de ingresos o de rentas adquiridas. Como dice Leijonhuvud, el multiplicador traduce un proceso de tanteo en sentido más estricto del término, donde cada grupo de agentes, productores de bienes de inversión, productores de bienes de consumo o consumidores, para fijar sus comportamientos depende de la demanda expresada monetariamente y considerada por los otros grupos actuantes. Mientras que en las relaciones entre productores de bienes de consumo y consumidores las elecciones de unos y la información sobre las cuales los otros guiarán sus elecciones, lamentablemente los productores de bienes de inversión, por su parte, no son nada informados de cuál es el ahorro autimizar por los consumidores; su única información está constituida por lo que son los gastos de inversión intencionales, fijadas independientemente del ahorro.

Una economía monetaria es una economía que no realiza forzosamente la igualdad entre inversión óptima y ahorro óptimo. Es también una economía que puede conocer de forma sostenida el subempleo —o el sobreempleo—, es decir, una economía que puede no ser capaz de igualar la oferta y la demanda de trabajo de forma óptima. En una economía monetaria, don-

de una demanda de un bien no puede expresarse directamente en términos de otro bien, sino que tenga que pasar por el dinero, esto es, cediendo una fuerza de trabajo contra un salario monetario con el cual los consumidores se procuran el poder de compra bajo la condición de que ellos maximizan su función de utilidad. Nada impide que no haya simultáneamente un excedente de oferta de trabajo sobre un mercado y un excedente de oferta de bienes de consumo sobre el otro, puesto que no es posible de ofrecer directamente su trabajo sobre el mercado donde se venden los bienes, esto es, hacer el trueque directamente contra los bienes de consumo.

Para este segundo tipo de desequilibrio —después del desequilibrio ahorro-inversión—, la escuela francesa neokeynesiana lee a Keynes apoyada por los trabajos recientes de Pfelps y su escuela. Pero también aportan originalidad. Y llegan en sus trabajos a cada una de las concesiones hechas por Keynes a sus adversarios en nombre de la coherencia y de la lógica interna de la teoría keynesiana.

Veamos un ejemplo: Keynes, sin agrado y por razones evidentes, explicó la determinación del precio unitario del capital o de la tasa de interés por una teoría de la productividad marginal, estimando en la teoría general que el trabajo, al nivel de empleo efectivo, puede muy bien estar siendo retribuido por su productividad marginal. Personalmente esta inflexión de Keynes nos ha de sorprender después de lo que estamos aquí diciendo. La tasa de salario nominal estando predeterminado, el salario real correspondiente no podrá expresar la productividad marginal del trabajo nada más que en la medida en que el nivel de precios de bienes de consumo se ajuste o, en la lógica del sistema keynesiano, que el nivel de precios de bienes de consumo sea él también predeterminado. A. Pargues aporta de alguna forma la contraprueba de este razonamiento: demuestra que el solo equilibrio general en sentido de Walras permite la remuneración de la mano de obra por la productividad marginal.

En definitiva, la escuela de pensamiento francesa que estamos siguiendo, y que a nuestro juicio encierra una vanguardia teórica de insospechadas posibilidades construye lo que podemos llamar una generalización purista de la teoría general. No solamente teniendo cuidado de distinguir la situación de subempleo de la situación de desequilibrio entre ahorro e inversión, sino que demuestran que los dos desequilibrios son estrictamente independientes uno del otro: se puede —por ejemplo— ver coexistir un excedente de inversión sobre el ahorro y una situación de subempleo —una hipótesis que una teoría monetaria que interpretara los desequili-

brios monetarios únicamente en términos de inflación y deflación rechazaría como contradictoria.

Este ejemplo muestra bien que una economía monetaria puede conocer desórdenes que no se dejan localizar en puntos específicos, o por referencia a una o dos variables, bien nivel general de precios o tasas de interés.

Podemos pensar que esta escuela francesa nos presenta un mensaje de Keynes muy coloreado de mayor pesimismo que lo interpretaron los vulgarizadores demasiado apresurados, ávidos de buscar y encontrar una terapéutica fácil para remediar las crisis de empleo.

¿Cómo, pues, se puede ser keynesiano?

Como ya hemos dicho anteriormente, en nuestra época de grandes desórdenes monetarios no es nada difícil serlo de pensamiento, y toda la exposición del pensamiento de la escuela francesa de Pantheon-Sorbone que aquí hemos intentado, así demuestra la forma inteligente de ser keynesiano hoy. Pero, ¿podemos serlo a la vez por pensamiento y por acción?

